



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

JUAN NEIRA CANCELA



ESCRITO
por el Director
Enrique Labarta

POR VARIOS
GALLEGOS
DE BUEN
HUMOR

Ciudadano de or: en la: en buen uso
Militar y escritor a un tiempo mismo,
Maneja igual la pluma que la espada
Juntando así dos hojas de servicios.

Y aunque como escritor buen puesto ocupa,
De mejor suerte en la milicia es digno,
Pues capitán perpétuo, en ese grado
Injustamente lo plantó el destino.

Por eso en carta que a la vista tengo
Me dice Neira: «¡Si a este paso sigo,
Pronto seré, sin género de duda,
El primer capitán de nuestro siglo!»

ENRIQUE LABARTA

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



¡Ya está ahí!—El miriñaque.—En el hipódromo.—Una frase de Labarta propia del caso —El lado bueno.—¡Progresamos!—La Cuba de marras.—Un gato ante los magistrados —Celo paternal.—Por el Gato —De mil colores.

¡Ya apareció aquello!..

No los 30 millones de ingresos y 30 de reducción de gastos que busca Gamazo, no la manera de dirigir los globos, no la razón de la pantomima de Cuba... algo mas grave, algo de mayor *tras...*cendencia, de mas *vuelos*, es lo que ya ha parecido.

¡EL MIRIÑAQUE!

Y no se hagan cruces mis amables lectoras, si es que por casualidad hay alguna; la moda no ha llegado á provincias, y en ellas se recibe la noticia como un sueño; pero aquí en la Côte, en el Centro de la moda ya hemos tenido ¡ay! esa desgracia.

¡Ya nos han *enmiriñacado!* (¡Qué difícil es esto de pronunciar!)

A la última carrera de caballos, ó timba pública, han concurrido las elegantes damas madrileñas no de miriñaque; pero punto menos. Mucho vuelo, mucha redondez, en fin mucha aproximación al uso del artefacto.

Las faldas huecas y redondeadas parecen ya copas dadas vuelta y las peonzas, digo, las señoras, llevan los

vestidos con mucho vuelo y llenos de volantitos del tiempo de nuestros á...buelos.

Y eso si que ya va siendo *una volantería*, como que diría Labarta si él dijese algo en cuestión de modas.

Pero Labarta, lava hartos de tanta tontería las manos, como Pilatos, y deja que el miriñaque se enseñoree y reine en España.

La invasión de dicho, no se como llamarle, no puede evitarse, pero como todo tiene sus ventajas en el mundo, esta moda trae consigo una muy grande que me apresuro á comunicar á ustedes.

Yo conozco una chica llamada Ascensión que se ha casado con D. Prudencio Globo Hinchido, mujer aficionada si las hay á seguir la moda hasta la exageración; pues bien, esta señora desde que se anunció la reaparición del miriñaque, se ha puesto cintura para abajo un no se qué, semejante á un globo cautivo ó punto menos, que le da *aíres* de reina de la moda. Y he ahí la ventaja de esta.

Todo feliz mortal que mire á esa

señora aparecer por la esquina de la calle, podrá decir para su capote.

—¡Ya he descubierto la Ascensión de los Globos!

Conque no puede negarse que el miriñaque es progreso y no retroceso como dicen algunos de sus enemigos, puesto que trae anejo descubrimiento tan importante.

Viva pues el miriñaque, que para bien de los bobos transforma al garbo en empaque y á las mujeres en globos.

* *

Ya Cuba en lugar de libre se miró desocupada y todo aquel gran calibre quedó reducido á nada.

La partida comprendió que pedía un desatino y á Cuba desocupó; pero sin verter el vino.

Sirviendo el pasado susto de aviso á nuestro Gobierno á Cayo Hueso de gusto y al Gobernador de terno para invierno.

Con lo cual salió ganando y lo mismo la Nación que aplaude su don de mando y su gran cir...cuns...pec...ción. Por mas que aun hay quien murmura ante tanta maravilla.

¡No es mal, todo lo que dura ni oro todo lo que bulla!

Pero, en fin, pasó el suceso, todo ya se terminó y el pueblo de Cayo hueso no es mal hueso el que tragó.

¡Digo yo!

* *

No hace muchos años que celebrándose una función en el Teatro de Pontevedra, salió un gato al escenario, lo que dió motivo para que se cantase una canción de la que recuerdo

...es el gato de Demétrio que viene á oír á Salgado

la naranjita verde ¡pin pón!

el limoncito agrio ¡pin pón!

pues esta estrofa ó poco menos puede aplicarse hoy al «Gato Negro» periódico que hace días apareció en el escenario de la prensa

y que fué el tal *Gato Negro*

por los *padres* denunciado

por ser un poquito verde ¡pin pón!

por ser un poquito agrio ¡pin pón!

Los padres estos no son, como pudiera creerse los padres dominicos, ni los padres de la patria; sino los padres de familia que llevaron á los tribunales á dicho semanario, por indecoroso y atentatorio á la inocencia de las hijas de Eva.

Por esta causa ha habido en varias casas verdaderos disgustos, pues alguno de los padres, de la asociación, preocupados profundamente por el suceso, en cuanto oían decir en casa á su señora.

—¡Manuela!... ¿dónde está el gato negro? Traemele al...

—¡Pun! ¡to! hácia el marido hircugiéndose en la silla y exclamaba furibundo.

—¡El gato! ¡Cómo, que el gato! Venga ahora mismo para llevarle á los Tribunales...

Y la pobre señora sufría un síncope sinco...nsecuencias, creyendo que su esposo se había vuelto loco.

En otros domicilios había oído la dueña de la casa que el Juez tenía mandado recoger todos los «Gatos Negros» y ¡no era nada el susto que la mujer pasaba y lo que pensaba hacer para defender el suyo de las acechanzas judiciales!

Y la verdad es que la denuncia es justa; porque dicho *Gato* nos hacía poner á todos de mil colores, con los suyos propios.

Pues era *negro*, tenía mucho de *verde*; y sobre todo... pasaba de *castaño oscuro*!

Gerardo Alvarez Bimeses.

EL MIRIÑAQUE

NO será este un artículo alegre ni siquiera una sátira más ó menos regocijada como pudiera creerse después de leído el título.

¡Bien al contrario!

Habrà de ser tristísimo lamento, queja honda, reflexión dolorosa salida de lo íntimo de un alma amargamente impresionada por la aterradora perspectiva de una visión horrenda: ¡del miriñaque!

No valen lisonjeras afirmaciones, protestas calurosas, fementidas promesas.

Lo vemos, lo vemos, sí, avanzar pausadamente, hinchado, oveso y orondo, como un *montgolfier*.

¡Se nos quiere engañar, señores!

Las palabras tranquilizadoras de las revisteras, y aún de los revisteros de modas—esos «hermafroditas literarios»—son pura ficción, falsía; medio artero y villano de no dejarnos ejercitar siquiera el derecho legítimo de la defensa.

—«No hay que asustarse—vienen diciéndonos uno y otro día—El miriñaque no tomará carta de naturaleza. Serán inútiles todas las tentativas.»

Y, sin embargo, vemos como las faldas crecen, como se ahuecan, como se van inflando, como «lenta, pero continuamente», van desapareciendo los deliciosos contornos de la figura femenina bajo esas irritantes crinolinas tiesas.

Es verdad que hasta ahora no se han metido las señoras—aún las que en todo se meten—en esos horribles armatostes de acero que eran el encanto de nuestras buenas mamás; pero ya se están llevando las faldas acampanadas en París y Londres; ya se ha puesto en moda, ya es elegante y *fashionable* y *chic*... y ¡*pschutt!* la moderna falda *Gabarni* con resortes de aluminio, y yá en Madrid las damas más distinguidas que acudieron en sus *breks* y *mail-coachs* á las últimas carreras de caballos, lucieron *toilettes* con las faldas ahuecadas y los pequeños volantes, síntomas mortales de necesidad para el buen gusto, anuncios seguros de la resurrección del miriñaque...

Señoras, ¡por las once mil vírgenes!... (sin miriñaques, por supuesto.)

Vuelvan ustedes en sí, sean ustedes algo más razonables.

Convénzanse de su desvarío, reconozcan noblemente su error y... váyanse desinflando.

¡El miriñaque!

Ese odioso artefacto que había muerto para no volver ¿otra vez entre nosotros?

¿Será posible que lo encuentren ustedes cómodo, artístico siquiera, por lo menos... decente?

Piensen ustedes, señoras, ya que no otra cosa, en su sospechoso origen, en su dudoso abolengo.

Recuerden que no ha obedecido á un capricho de la moda, ni siquiera á las locuras de la novedad ó de la extravagancia.

Evoquen la memoria de su nacimiento y entonces verán aparecer el

miriñaque vestido por la Emperatriz Eugenia, la dama augusta que ensanchaba sus faldas armadas con los aceros para ocultar indiscretos aunque naturales crecimientos que le repugnaba ostentar en las fiestas mundanas y esplendorosas del palacio de las Tullerías.

¡Oh, vive Dios que el origen del miriñaque no puede ser más interesante... en la acepción desastrosa del vocablo!

Y no valen reflexiones racionales, consejos oportunos ni observaciones prudentes para estas buenas señoras que saben revolverse airadas contra la dulce tiranía del marido reclamando la emancipación del sexo, y en cambio se someten mansamente á la tiranía cruel del miriñaque.

El asunto viene preocupando hondamente y es la cuestión palpitante en los momentos actuales.

La prensa inglesa y francesa consagra al imponente conflicto de la *crinoline* buena parte de sus páginas y los periódicos ilustrados han emprendido campaña activa contra la nueva moda apelando para combatirla á la sátira y al ridículo manejados por los más ingeniosos dibujantes que no dan paz á los lápices trazando las más grotescas figuras.

Ni esas caricaturas risibles de la *mujer-globo*—parodiemos á Larra—ni los dibujos más horripilantes consiguen detener al bello sexo entusiasmado ahora con la idea de desaparecer debajo de esos biombos que dentro de muy poco van á ser para las damas la coquetería suprema.

¡Y qué dibujos, señoras!

En ellos aparecen ustedes ya montando en un carruaje, ya subiendo una escalera, ya danzando honestamente, pero siempre ofreciendo el más desconsolador espectáculo, la mas deplorable perspectiva, por cualquier lado que se las mire á ustedes, señoras... ¡por cualquier lado!

Aparte estas bromas mas ó menos molestas para el femenino pudor, los periódicos extranjeros tambien publican reproducciones de la realidad, y es muy frecuente ver en las páginas de las revistas ilustradas copias de retratos de damas ilustres de la época del miriñaque.

¡Qué horror!

El bufante *panier* de María Antonieta, aquella especie de monumento de tela sobre el que aparece el busto gracioso de la esposa de Luis XVI, de la que vemos retratos en todas partes y cuyos tocados están fielmente reproducidos en un libro de Goncourt, nos causa menos espanto tal vez por lo lejano, que los miriñaques de los años 59 y 60, de ayer como quien dice.

Hojeando *The Picture Magazine* quedé atónico ante los retratos que acaba de dar la estampa.

Al contemplar en ellos á la Condesa de Uxbridge sumerjida en un océano de tela, á la Duquesa de Teck, á la Princesa Elena ó á Mrs. Sterling asomando la cabeza por unos miriñaques que parecen *palleiros* del pais, créanlo ustedes señoras, ó no hay vergüenza, ó le dan á uno ganas de morir antes de consentir que ustedes se nos vengán con esos faralaes.

Caigan sobre nosotros todas las plagas que devastaron á los pueblos maldecidos, anticipese el diluvio de fuego si es preciso, antes que vernos imposibilitados de transitar por las calles, de circular por los paseos públicos y antes de que nuestros modernos salones de baile se vean invadidos por los miriñaques aquellos que allá en el año 60, tan solo media docena

ocupaban todo el salón del Palacio de San James en las recepciones de la reina de Inglaterra.

¡Sería horrible!

Que la cuestión constituye hoy una preocupación social de altísimo interés, se echa de ver con solo advertir lo que en estos últimos días viene haciendo «gemir á las prensas.»

Le Figaro de París no ha sido de los que menos se ocuparon del asunto. Apesar de toda su seriedad *El Figaro* se ha metido también en faldas... de once varas.

Ha celebrado *interviews* con artistas célebres por su elegancia y buen gusto, con los modistos y modistas mas notables de París para conocer sus «respetables opiniones» sobre el miriñaque, y ha dado despues á luz el resultado de su exploración, ¡todo un mar de ciencia femenil, de erudición abrumadora, de observaciones nacidas de profundos y meditados estudios... sobre la crinolina!

No han faltado defensoras acérrimas, ni enemigas decididas ni temperamentos médios, «centralistas»... vamos, una especie de Salmerones del miriñaque.

Por el momento las que mas nos han tranquilizado han sido las declaraciones de Felix.—Nada teman ustedes—le dijo al *Figaro* poco mas ó menos.—Mientras yo sea quien soy, mientras continúe dueño de los cuerpos mas elegantes y distinguidos de París, mientras yo aliente, el miriñaque no se vestirá en Francia.

Y poco le faltò para añadir tragicamente:

—«¡Antes pasarán por encima de mi cadáver!»

A pesar de todas estas afirmaciones del gran modisto parisien, vamos por muy mal camino, las mujeres continúan ensanchándose por abajo y hay que temerlo todo.

Quieren volver á las huecas crinolinas y á los arcos de acero.

¡Y para llegar á esto, para venir á parar en la más enorme exageración de la falda, ha sudado la señora Pardo Bazán tanta tinta en este mundo tratan de establecer... «por decreto» la moda del pantalón bombacho para las señoras!...

¿Qué dirá doña Emilia?

Foruato Ulla

MÉDECOS DA HABANA

Estando enredando,
e' un ches-long de ferro,
doume éste, na perna,
un golpe dos demos;

O MEU AMIGO O DR. LANZÓS

y éu, craro, era xusto,
boteime a verrar.

Acudiron todos,
viron a ferida,

e â unñ dixeron
¡«oi miña naiciña»!..
Pero ningun de eles
topou que me dar.

Farto de estar vendo,
ôs papons aqueles,
dixenlles—¿qué demos
mirando facedes,
que nada me dades,
pra calmá-l-o dor...?
—Poña, di un, asentes;
outro—non formentos—
—outro leite e malvas;
y algun poña grélos,
con unto de porco,
n' hay cousa millor.

Anxélo, que é un mozo,
de garrida pranta,
é véu hay dous meses,
do porto da Habana,
dixo—«Si oste quiere
curar sin sufrir,
lo migor del mundo;
es un sierto enguento
que traguen de Cuba,
y en cas lo conservo...»
—Pois tráyao, lle dixen;
—«Ya voy á bolir.»

Chegou de alí a un pouco,
c' un bote dourado:
puxémo-l o unguento,
pousado n' un trapo...
¡Oí, como doía...!
co ladrón sudéy...!
Mirey â media hora,
o unguento marchara;
coméume a ferida;
xá d' unha asentada;
e si quedou perna
foy por que o atalley.

Barau, renegando,
de ver tal remedio,
que â fame canina
rouboulle os secretos;
deixeime d' andrómenas...
¡Ciruxan acá!...
E voltas de arriba,
e voltas de abaixo,
âs duas semanas
a perna curamos,
él pondo os remedios,
y éu a enfermédá.

Nas moitas visitas
do amigo habanero,
sempre o vín corrido
tocándolle ó unguento;
pero hay catro dias,
quixenme prugar;
y él, algo escamado,
dixome—«Rispondo
de un prugante mio,
Ingrés, de los Loros;»—
—E que é—«La menèsia
sitri—granilar.»

Tráyaa e miraremos,
dixen desconfiado,
tí xá non me amolas
cos teus tarangaños;
xuro â Dios que de esta
lembrarte has de min!..

Foy por ela â casa,
lein â etiqueta
e n' ela dicía
«cittrato magnesia
(n' estaba él mal sitri.)
del Doctor Curling.»

En tomála, ó instante,
xá non titubiéy:
abrimolo frasco,
vaso ó punto véu,
enchémolo de auga
cáseque a bordar,
e culler en ristre
verrey—bote agora...
bebín... ¡Malos demos!
¿Seica entrou na boca?
¡Fuxeu!... Nin tres pingas
logrey atrapar.....

Xa Dios non m' a mete,
dende esta chuscada.
Malos xuncras léven
os sitreos da Habana,
que para bebélos
haychos que prender.
¡Non poi l-os unguentos!...
Téñenche â canina:
cómenche ôs enfermos
é máy-l-as feridas...
¿Y o habanero sitreo?...
No o volvin â ver.

M. Martin Gonzalez.

EL VIEJO DEL RINCÓN

DIBUJOS DE MECACHIS

AQUEL viejecillo menudo, bien afeitado, con el bigotillo blanco y áspero, recortado como un cepillo y el poco pelo que le quedaba como plateado en la cabeza, duro y tieso como cerdas, había fijado muy particularmente mi atención de desocupado.

Todas las noches se sentaba en el mismo rincón del café, en aquel ángulo cercano al mostrador que por las tardes llenaban los bolsistas, de dos á tres, y por las noches seis ó siete veteranos, poco más ó menos como aquel viejo del bigote como un cepillo y el pelo como unas cerdas.



Me divertían extraordinariamente la media docena de veteranos, aunque á decir verdad no hubo jamás conversación menos variada que la suya. Pero vino la guerra y la mesa cambió totalmente de aspecto. De la noche á la mañana me habían mudado mis veteranos, y lo que hasta entonces fué cambio melancólico de recuerdos viejos, sin cesar renovados, se convirtió en discusiones agrias subrayadas con puñetazos, que querían ser enérgicos, sobre la mesa.

Noches vinieron en que el viejecillo de las cerdas se descompuso calificando las noticias de la guerra, hasta el inverosímil extremo de hacer salir del mostrador al regente del café con objeto de oírle, como sucedió cuando se supo la clausura de la línea sitiadora de Bilbao, que fué para el viejo como una cantárida.

—¡Porra!—exclamba, dando puñetazos en la banqueta para no romperse los huesos de la mano en el mármol de la mesa.—¿Y cómo ha sido eso, á pesar de lo que dije? Pues por esto, y esto y esto...

Pidió lápiz al del mostrador, y trazando rayas y puntos en el mármol, demostró en menos que canta un gallo, que lo sucedido no hubiera sucedido, si el general hubiera tirado por aquí.. y luego por acá, y enseguida por la derecha, etc.

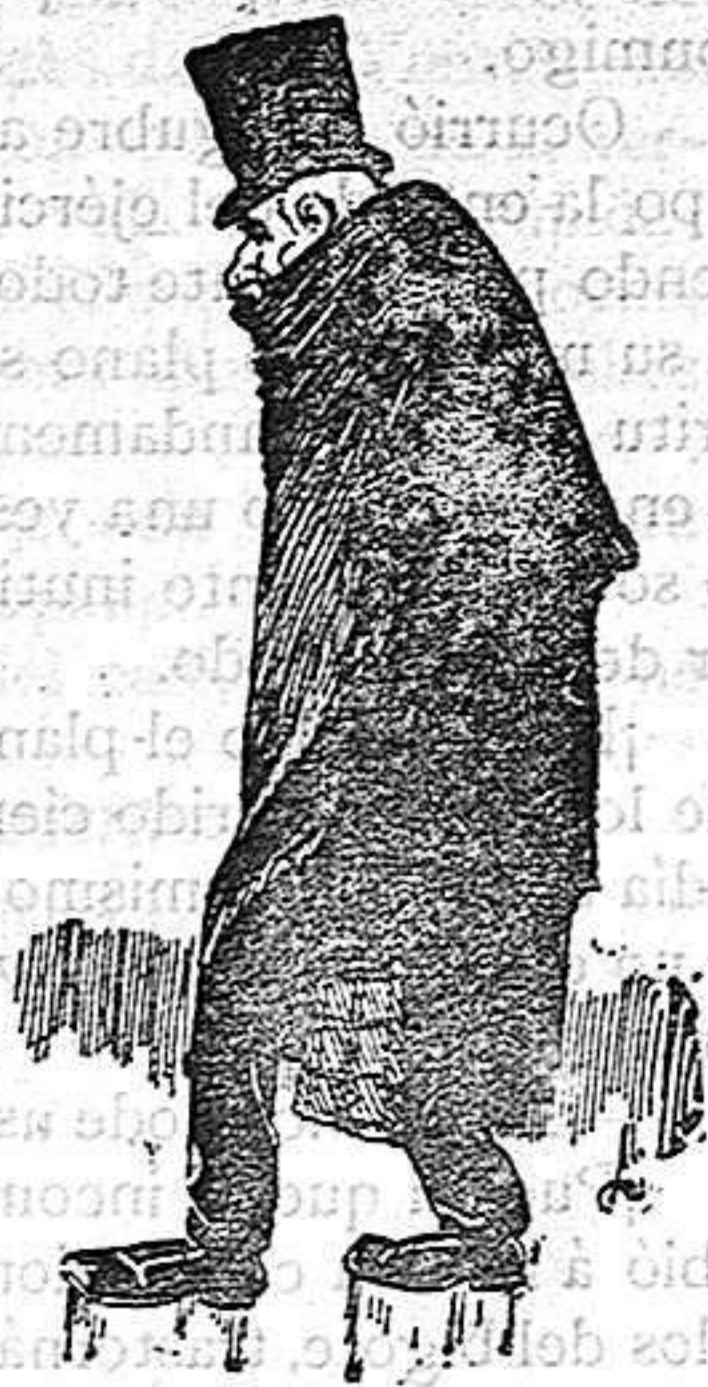
Equel maravilloso plan debía parecer de perlas á los otros, porque cada cual metió la nariz en su correspondiente taza, diciendo que el amigo Baticola tenía razón, evidentemente, y que el plan estaba allí, en el mármol, más claro que la luz divina.

El bueno de Baticola se calmaba con aquello, mandaba al mozo borrar con la rodilla el plan maravilloso para que nadie pudiera aprovecharse de él, acabados la taza de café y el tema de conversación por aquella noche,

se embozaba Baticola airosamente en la capita y con paso menudo se marchaba á su casa de huéspedes de la Cava Baja, que llamo suya porque la había fundado en unión de su señora, la de Baticola, poco después de tomar el retiro en el segundo escuadrón de Lusitania.

El regente del café me dió antecedentes muy curiosos de Baticola; había sido, efectivamente, hombre de grandes bríos y ánimo templado, y del que podía asegurarse que era capaz de hacer todas las increíbles proezas que imaginaba en los supuestos estratégicos de la mesa del café.

Pero como todos los héroes, había caído donde menos podía esperarse, en poder de su señora, patrona montaráz que parecía, como el propio Baticola, retirada también del arma de caballería, aunque sin haberes pasivos. Y allí, en lo que él llamaba *establecimiento* de la Cava Baja, pagaba el pobre Baticola los excesos de energía del café, ya corriendo los temporales á la patrona ya templando gaitas á los huéspedes, que con decir que soportaban á la patrona está dicho de qué fibra serían, y descendiendo á veces en su abnegación de amo de casa hasta el vil oficio de avisar en el café inmediato cada vez que á algún huésped se le ocurría andar de cu-chipanda doméstica.



El pobre Baticola se indemnizaba de estas hondas amarguras en aquel rincón del café, en su tertulia de la noche, á la que le permitía ir la patrona consorte, más que por satisfacerle el gusto, porque no le estorbaba en lo que ella llamaba el *sueñecico*, amodorramiento que la entraba después de cenar y que rumiaba en una butaca, que era como el trono mugriento de aquella majestad patronil. Baticola sufría una transformación mágica desde la Cava Baja hasta la Puerta del Sol, y dejando en la de su casa el humilde aspecto de chichisneo de los huéspedes, se presentaba en la tertulia con las trazas que yo le conocía de guerrero duro y curtido en cien combates.

No creas, lector mío, que todo lo dicho haya servido para preparar tu ánimo en pro del *héroe*, y referirte alguna estupenda hazaña suya.

No; sólo he querido que sintieses por el gran Baticola la misma simpatía que sentí yo aún antes de percatarme de sus desventuri-

las domésticas, para que así, prevenido en su favor, lamentases su fin conmigo.

Ocurrió el lúgubre acontecimiento en pleno café, la noche en que se supo la entrada del ejército en Bilbao, entrada que se había logrado haciendo precisamente todo lo contrario de lo que Baticola había proyectado en su maravilloso plano sobre el mármol de la mesa. Aquel guerrero espíritu que tan blandamente se doblaba ante las exigencias de la patrona, se encendió como una yesca por una observación que le hizo un contertulio sobre la evidente inutilidad del plan, que tuvo el atrevimiento de calificar de descabellado.

¡Descabellado el plan de Baticola, que conocía el terreno á palmos, que lo había recorrido cien veces de sargento con Espartero, y por el cual podía andar con el mismo desembarazo que por su casa cuando la patrona no echaba el *sueñecico*! ¡Descabellado un plan que hubiera abreviado las angustias del sitio!

—No se incomode usted, D. Pantaleón...

¡Pues sí que se incomodaba, y mucho! Tanto que la sofocación le subió á la cara congestionando, y como erizándole más aún los tiesos pelos del bigote, trastornándole el natural eje de los vivos ojillos, que se



fueron á un lado, y haciéndole, por último, echarse atrás en su rincón, dando un ronquido y quedando inmóvil, clavado en aquel punto por el derrame seroso.

Sobrevinieron el espanto y confusión naturales; se buscó á un médico, y vino uno que allí cerca, en otra mesa, sacudía el aburrimiento de la guardia de la Casa de Socorro, á la cual fué llevada en volandas Baticola sobre una silla. El chorro de agua caliente al pecho no le hizo más efecto que si hubiese sido blanda manteca, y los que asistimos á la aplicación de los revulsivos enérgicos nos convencimos de que Baticola estaba definitivamente muerto.

Se le enterrò al día siguiente por la tarde, una horrible tarde de viento que nos llenó los ojos, por las alturas escuetas de las Ventas, de pajillas barridas en los patios de los paradores. Fueron todos los de la tertulia, mirándose al volver con desconfianza de una vida que tan rápidamente podía irse, y el regente del café, que se metió conmigo en el coche, me dijo en tono confidencial, cuando acabé una sincera lamentación sobre el tremendo fin de Baticala:

—No crea usted que es oro todo lo que reluce; don Pantaleón era una excelente persona, sí; pero... ¡no daba nunca propina!

Desde entonces paso de largo por delante del café, al cual no he vuelto.

Federico Errecha

(Prohibida la reproducción.)

Mayo de 1893

LOS PECADOS CAPITALES

I.—Á UN SOBERBIO

SONETO

De satánico orgullo ese hombre henchido,
mira á la sociedad desde su altura
como á una miserable criatura
digna tan sólo de profundo olvido
¡Nunca, jamás llegaron á su oído
los lamentos del débil! su alma impura
rechaza desdeñosa la ternura
que nos inspira el pobre desvalido.
Vé por el mundo, vé... ¡imbécil! ¡necio!
vé por el mundo á todos despreciando,
que yo en nombre del mundo .. ¡te desprecio!
Prosigue, si, tu mérito ensalzando;
á tu alabanza nunca pongas precio ..
¡Cristo fué humilde y nos está juzgando!

Manuel de los Martines



OFICIO MENUDO

He notado, mujer, que hace ya rato
que me vienes siguiendo,
acechando mis pasos y ademanes
con singular empeño.

He notado además que este espionaje
data desde el momento
en que saqué de mi bolsillo un fósforo
y encendí este veguero.

He notado también que eres muy guapa
y que tus ojos negros
me tienen medio vuelto ya el sentido
y derretido el seso.

Y por fin he notado que alguien dijo
al ver tu seguimiento:

—Anda, pues, que parece que la sogá
se vá tras el caldero!—

Dime tú, por favor, mujer divina:
¿á qué viene este acecho?

Te debo algo, quizá? ¿Serás acaso
la mujer del casero

que intenta con sus gracias femeniles
cobrar lo que le debo?

¿Serás un polizonte disfrazado
que me cree un ratero

ó alguno de los varios concejales
que están en el proceso?

¿Si serás..? ¡Oh, sí, sí, no cabe duda!
ya conozco tu intento;

tú fuiste á la Zarzuela alguna noche
y, *Miss Helyett* oyendo,

te apropiaste las máximas del *pater*
respecto al himeneo,

y rompiendo las prácticas hipócritas
impuestas á tu sexo,

te dedicas á hacer el *oso* ú *osa*
á los chicos solteros.

Me viste... y me seguiste enamorada...
¿me amas tú, no es cierto?

¡Sí! tus parleros ojos me lo dicen,
y siento ya mi pecho

palpitar con más ansia á los impulsos
de este cariño inmenso.

¡Ven á mi por favor! deja que selle
con el más casto beso

esta unión venturosa de dos almas



que amaban sin saberlo!
 ¡Ven á mi, aproxímate... así ¡gloria!
 Aguárdate un momento:
 voy á dar las dos últimas chupadas
 y tiro este veguero..
 Ya está... allá vá ya.. ¿cómo? ¿qué haces?
 ¿qué recoges del sueló?
 —Pues ya usted vé: recojo la colilla;
 si no lo toma á mal, este es mi empleo.
 Colillera, señor, soy *pa* servirle..
 Y hasta otra ocasión..
 —¡Con Dios, salero!

José G. Acuña.

LAS GOLONDRINAS

AQUÉLLAS, las obscuras, las de Becquer, ya es sabido que no volverán.

Pero ahora resulta que tampoco las otras.

Al principio creían los sábios de flen llevar que esa abstención obedecía á causas de orden político.

El miedo de Gamazo, capaz de embargarlo todo de tejas abajo.

Hasta los nidos de golondrinas.

Pero, no, señor. La verdad es que las simpáticas aves se niegan á cumplir sus compromisos en esta temporada, porque aquí no hay ozono.

Ni ozono, ni dinero, ni vergüenza, ni nada.

¿Cómo vá á haber aquí ozono para saturar el oxígeno del aire, cuando á cada paso vemos hombres políticos que parecen respirar honradez y son unos verdaderos miasmas ambulantes?

El ozono es incompatible con el rebajamiento de caracteres.

Conste, pues, que el Comité Central de Emigración de Golondrinas de África, de quien suponemos habrá partido la iniciativa en las órdenes de contramarcha, ha procedido con arreglo á sus tradiciones de previsora cordura.

Nadie sabe cuanto puede influir el estado de la atmósfera en los negocios humanos.

Los novelistas modernos, desde el sencillo Jorge Ohuet (véanse *Las Señoras de Croix-Mort*) hasta el poético Andrés Theuriet (léanse *Dos hermanas*) hacen coincidir la caída de sus heroínas con el descenso del barómetro.

En cuanto caen cuatro gotas allá por el promedio de la novela, pueden exclamar los maridos, ó padres, ó hermanos de las víctimas del cambio brusco en las condiciones atmosféricas;

¡Ya escampa!



Teorema: A incremento higrométrico, exacerbación cardíaca.
O en otros términos: La humedad reblandece hasta los corazones.
Yo tenía un amigo que me profesaba un efecto entrañable.

Un día me pidió cinco duros.

Y partió á América.

No ha vuelto.

Ni los cinco duros tampoco.

Falta de delicadeza, decía yo antes de los novísimos acontecimientos, hace muchos años.

(Mi amigo se marchó la víspera de presentarse por primera vez Zola á la Academia.)

Falta de ozono, tal vez, me digo ahora recordando lo de las golondrinas.

Porque los sábios jamás yerran en estas cosas.

Ni siquiera la sabiduría popular (folk-lore que decimos los políglotas baratos)

Prueba al canto.

En Inglaterra cree el vulgo que si al oír cantar el cuco por primera vez en la primavera, se agita el dinero que lleve uno en el bolsillo, año seguro de bienandanzas sin cuento.

Pues que ensaye el amigo Labarta, tan escamado con los ingleses. Ya, ya sé que nunca lleva dinero en el bolsillo; pero que agite, entre otras cosas, varios recibos incobrables de suscripciones al EXTRACTO con que siempre vá cargado y de razón.

Y si á pesar de esta tremenda sequía, no llueven inmediatamente suscripciones efectivas al EXTRACTO, consiento en que me cercenen mi parte de ozono.

Lo único que por lo de ahora podemos disfrutar gratis los españoles.

Juan Murruin

PREGUNTA EXTRAORDINARIA

CONSUELO.—Soy jóven, bastante guapa, elegante como no hay otra, tengo un novio, enamorado como un Cupido él, muy celoso

él, buen tipo él, con ojos encantadores él. ¿Puede V. decirme en tres seguidillas y en gallego si seré su esposa?

—N'ó sigro dazanove,

¡Probes poëtas!

Pagan po-l-os *idilios*

¡Duas pesetas!

D-ña Consuelo:

Vosté quèr, po-l-visto,

Tomarin' o pelo.

¿O mozo é churrusqueiro,

Y está chifrado,

E tén ollos pillos?

¡Qué condenado!

¡Ai, siñurita:

Encèndalle seis velas

A Santa Rita!

E sempre que non topen

Impedimento

Y-o mozo esté conforme

O'o casamento,

¡Cásese pronto!

¡Non dé tempo à que o trasno

Desfaga o conto!

PREGUNTAS

(A 15 CÉNTIMOS)

Sr. D. V. R.—Soy seminarista, curso Historia Eclesiástica, tengo un autor muy malo y el profesor peor, no estudie jota, ¿qué hacer?

—Pues... prepararse á llevar un *suspensus* más grande que una casa.

Sr. D. P. G.—¿Sabe V. si por fin U. B. embarcó y recomendó al f. para Ch.?

—Supongo que ya habrá hecho ambas cosas; pero si no las hizo, no es mía la culpa.

Sr. D. R. A. S.—Diga V.: ¿Cómo podré hacer un viaje á Chicago de balde á pié y por tierra, desde la Coruña?

—Muy sencillamente: coloque usted en el suelo un mapa-mundi, póngase encima del sitio donde cuadra la Coruña y desde allí emprenda V. la caminata sobre el papel, de balde, á pié y por tierra, hasta llegar al punto donde está marcada la ciudad de Chicago! ¡Ah; se me olvidaba! ¡Que lleve V. feliz viaje!

Un canonista.—¿En qué fecha fué publicada la constitución *In confrendis* de Pio V.?

—El 16 de Abril de 1506. ¡Parece mentira que un canonista no sepa eso! ¡Y vaya una pregunta de gracia!

Cirio.—¿Qué le haría V. á los que dejan la suscripción del *EXTRACTO*?

—Vestirlos de mujeres y llevarlos al *Liceo Rius* de Madrid.

Un filósofo.—¿Cuál es una de las cosas en que más se distingue un hombre de los demás animales?

—En la risa. ¿A qué no ha visto usted nunca reir á un burro?

A 30 CÉNTIMOS

Srta. Lo.—¿Puede V. decirme en dos renglones como haré para ser formal?

—Dejar de ser hermosa necesita;
¡No se puede ser seria y ser bonita!

Patolas.—Componer una cuarteta ó cuarteto que tenga sentido, en que entren las siguientes palabras: *Lago, hermoso, cura, cedacero, perro, Juan, Perez, Tuy.*

—Al *cura Lago* Moscoso,
Que es de *Tuy* y está en *Vivero*,
Dióle un *perro* muy *hermoso*
Juan Perez el *cedacero*.

SUMARIO

Texto.—*Juan Neira Cancela*, por Enrique Labarta.—*Cronica de la semana*, por Gerardo Alvarez Limeses.—*El miriñaque*, por Torcuato Ulloa.—*Medecos da Habana*, por M. Martinez Gonzalez.—*El viejo del rincón*, por Federico Urrecha.—*Los pecados capitales*, por Marcelino Sors Martinez.—*Oficio menudo* por José G. Acuña.—*Las golondrinas*, por Jesús Muruais.—Pregunta extraordinaria.—Preguntas.—Anuncios.

Grabados.—*Retrato de D. Juan Neira Cancela*, de fotografía directa.—*Dibujos de Mecachis*.

«Muchos de nuestros lectores tendrán en Madrid, pendientes de despacho, asuntos de importancia cuya resolución no podrán gestionar por no residir en la Corte, ni tener en ella personas de confianza á quienes poder encargar de aquéllos.

En esta convicción no dudamos en indicar á nuestros abonados la conocida *Agencia Almodóbar* (Puerta del Sol, 9, entre-suelo), que sin exigir anticipos de ninguna clase y no cobrando, al terminar el asunto, más que unos honorarios muy reducidos, gestionará sus asuntos con gran interés.»

A N U N C I O S

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —

DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pes. tas.

» » semestre,
3'50 idem.

» » año, 7 id.

Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.

» » año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente: 15 céntimos.

Idem atrasado, 25 idem.

A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, dirijase á
D. Enrique Labarta, FERIA 38—PONTEVEDRA.

EL LIBRO

* FOLIOS DE PAPEL *

DE

D. ALBERTO G. FERRERIO

SE VENDE AL PRECIO DE 3'50 PESETAS EJEMPLAR
en «El Siglo,» Pontevedra y en las librerías de Fé, Carrera de San Jeró-
nimo 2, Madrid; de Miranda, Plaza Mayer y Sol, 5, Or use y de Carré,
Luchana, 16, Coruña.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.